

Aquí, ahora y en todas partes*

Para los estudiantes de las aulas de música y para Jorge Fernández

“La arquitectura es música congelada”
Schopenhauer

I

Un extraño anciano de tirantas cafés

DIEGO FERNANDO
SAMPEDRO V.

Licenciado en
Estudios Literarios
Magíster en Filosofía
Universidad Javeriana

Luego de un buen tiempo sin ser usado para conciertos, el estadio El Campín reabría sus puertas al público bogotano. Lo más impresionante esta vez era ver reunidas a personas de todas las generaciones, todos alrededor de las mismas canciones. Quizá a los 20 años, mientras tocaba en bares de mala muerte en Alemania, Paul McCartney nunca imaginó que una de sus composiciones tendría más de tres mil versiones distintas a las cuales puede tener acceso el público en un espacio infinito llamado internet. Por eso, quienes de manera descontextualizada juzgan la afirmación de

* Here, there and everywhere: Título original en inglés de la canción de The Beatles. Edición y corrección de estilo: Gerardo Andrade Medina



LA EDUCACIÓN
CAMBIA EL MUNDO.
Tomado de: http://www.posterpage.ch/winners/p4to_11/p4to_11.htm.

John Lennon, en plena beatlemanía, de que los Beatles eran más grandes que Jesucristo, desconocen que el mismo Lennon decidió desnudarse por completo en un concierto en Hamburgo, porque nadie prestaba atención a las melodías que 10 años después corearía el mundo entero.

-iUn anciano con tirantas cafés!- habría exclamado mi abuela si hubiera prendido el televisor la noche del concierto del que pasaron algunos fragmentos por el Canal Capital. -iY además canta en otro idioma!- continuaría diciendo, -ino se le entiende mucho! En cierto sentido, así es: un hombre de setenta años que tiene la capacidad de conmocionar un país con su visita. Mi propia abuela, aunque desconociera por completo la letra, se habría sorprendido al reconocer las notas del coro “*We all live in a yellow submarine*”.

¿Qué hace que todo un país se detenga, al menos en cierto sentido, ante la visita de un músico que tuvo su apoteosis cerca de 1969? Algunos alegan nada más que la influencia del capital transnacional y la industria cultural; otros, igualmente incrédulos, arguyen que se trata de la explotación del mercado de la nostalgia. Pero ninguna de las dos posibilidades puede explicar cómo en una noche cualquiera, en una ciudad del tercer mundo, un niño de doce años parado en una silla, un joven de veinte, un anciano de

En el contexto de la indiferencia total, el individualismo, la seducción continua sin compromiso, por un momento compartimos un pedacito de una humanidad que nos habita a todos. Así, cuando con una ternura infantil el anciano maravilloso se permitió cantarle My Valentine a uno de sus amores más profundos, por un momento sentimos que ser ciudadano tiene elementos distintos a la productividad neurótica, la ansiedad del tiempo y el consumo: la poesía también puede ser ciudadanía.

más de sesenta y varios adultos de diversas edades cantaban el coro de un himno a la libertad: “*Whisper words of wisdom, let it be*”, decían todos, al menos lo que el llanto les permitía. Como atacados por la misma sensación, absortos en la fascinación de un *performance* que parecía adquirir matices rituales. No en vano algunos pensadores de la segunda mitad de este siglo afirmaron que la secularización de la vida, la pérdida de los fundamentos metafísicos y la cada vez menor influencia de la religión habían conducido a que los músicos de rock fueran los nuevos sacerdotes, al menos en Occidente.

Aquí en Bogotá, el hombrecito (sacerdote) de tirantas cafés dio un espectáculo de tres horas, no se tomó ni un solo vaso con agua, salió tres veces seguidas al escenario para responder al llamado de su público y transitó entre el piano, el bajo y la guitarra con la experticia que solo pueden dar cincuenta años de práctica. Por un momento, la misma arquitectura del lugar pareció cambiar, como si la música pudiera transformar las estructuras físicas, como si fuera, en concordancia con la afirmación de Schopenhauer, una categoría con la que pudiéramos calificar otros sujetos. Tal vez le debemos esta capacidad a la música porque no está asociada a ningún significado directo, porque su polisemia parece ser infinita. Por ello, cuando el anciano hermoso tomó la guitarra y se despachó con *Blackbird*, los más expertos recordaban armonizaciones barrocas, Bach tal vez. Otros que entendían la letra, percibían una oda a la libertad, una queja contra cualquier forma de discriminación; quienes no se afincaban en ninguna de las dos cosas, solamente se quedaron absortos en la melodía que por momentos, por su registro y textura, parece emular un

vuelo. Sea cual fuere la respuesta, teníamos un rasgo común: nos sentíamos juntos.

Nunca nos habíamos visto, todos los rostros de nuestro alrededor eran irreconocibles y sin embargo nos sentimos más juntos que nunca. En el contexto de la indiferencia total, el individualismo, la seducción continua sin compromiso, por un momento compartimos un pedacito de una humanidad que nos habita a todos. Así, cuando con una ternura infantil el anciano maravilloso se permitió cantarle *My Valentine* a uno de sus amores más profundos, por un momento sentimos que ser ciudadano tiene elementos distintos a la productividad neurótica, la ansiedad del tiempo y el consumo: la poesía también puede ser ciudadanía.

II

I don't believe in Beatles, I just believe in me.

John Lennon

Un concierto de Beatles, revolución y arte

Recuerdo, no sin cierta hilaridad, que un amigo mío aceptó haberse enamorado completamente de una mujer por el simple hecho de que ella sí vio a The Beatles en vivo y en directo. No sin cierta ironía podríamos afirmar que ahora debe estar enamorado de sí mismo, porque el compositor de *Yesterday* le cantó su himno en la cara, a unos pocos metros, lo más cerca que podemos estar de un concierto Beatle hoy en día.

En el mundo de las ideas, uno de los más feroces debates tiene que ver con el rol del arte en el mundo moderno. Los más rigurosos historiadores tildan de esteticistas a quienes se atreven a creer que ciertas manifestaciones artísticas están al nivel de las revoluciones políticas que han trasformado la constitución del mundo. Otros, como Jacques Rancieré, consideran que sin el papel simbólico que han jugado ciertas manifestaciones artísticas varias de las revoluciones que han acaecido, especialmente en el siglo XX, no habrían alcanzado la misma trascendencia.

¡Fíjese usted!- dice mi amigo, el mismo del principio de este apartado, -escuchar un disco de los Beatles implicaba toda una transformación de

nuestras vidas. Nos reuníamos en la casa de algún amigo, contemplábamos la carátula un buen rato y luego nos sentábamos a escuchar el disco una y otra vez iMe acuerdo mucho de *Rubber Soul* y de *Magical Mystery tour!* Con el primero todos queríamos tener muy largo el pelo para desgracia de nuestros padres; con el segundo queríamos usar abrigos largos y coloridos, queríamos escribir todos letras sin sentido, usar el lenguaje de manera automática. Queríamos separarnos, dejar de estar afiliados, encontrarnos en nosotros mismos.

Mientras las canciones se sucedían una y otra vez, mientras cada hit de los Beatles hacía su aparición en el escenario a través del piano o la guitarra de Paul: *Paper back writer*, *The long and winding road*, *Blackbird*, *Somethig*, nos remontábamos a nuestra propia historia. Pensábamos en el lugar, el tiempo o la piel que podíamos reconocer con esta melodía, como si McCartney, sin conocernos, tuviera la capacidad de contarnos nuestra propia vida. Esa capacidad que tienen ciertas músicas de contar la humanidad de un niño de doce años y de un adulto de sesenta al mismo tiempo, como si tocaran eso interior que todos los días llamamos hombre. Como si por un momento nos permitieran vivir más poéticamente y menos prosaicamente.

Hacer revolución no es solo cortar la cabeza del rey y gritar democracia. Revolucionar es lograr también que millones de personas canten al unísono una melodía maravillosa y que se reconozcan allí como ante el espejo. Los movimientos interiores también son huracanes de transformación. Cada canción de Paul McCartney nos mostraba un fragmento de nuestra propia historia, una historia que nadie más vivió pero que todos podemos contar a través de estas melodías.

Revolucionario es reconocer el rostro todavía compungido del hermoso anciano cuando canta *Here Today* para su amigo John Lennon, sobre todo cuando le dice a voz en cuello “*if you were here today*”, como anhelando su presencia. Sabemos todos que después de desencuentros, juzgados, enfrentamientos miles, odios y desavenencias, lo que queda es esa naturalidad original con la que parecían dictarse canciones uno al otro desde antes de los veinte años, esa nostalgia infinita de creer que habrían podido componer una más entre los dos, como sucedía siempre.

Un muy radical pensador afirma con vehemencia que sin John Lennon no habría habido Mayo del 68. Es que sin los movimientos musicales que se gestaron en los países de habla inglesa durante la segunda mitad del siglo XX, el espíritu de transformación que se vivió durante esta época no habría sucedido, al menos no con la misma intensidad ni con el mismo brío de autoafirmación que se percibía en los jóvenes. Esa aura de transformación seguía estando presente en las canciones que Paul dejaba ir una tras otra mientras ocurría el concierto en Bogotá, las de los Beatles casi siempre tenían como fondo las fotos de ellos mismos creciendo juntos, como cualquiera de nosotros.

III

El que escucha música siente que su soledad de repente se puebla.

Robert Browning

Ethoi: La comunidad McCartney (tres conejos en un árbol tocando el tambor, que sí, que no, que sí lo he visto yo)

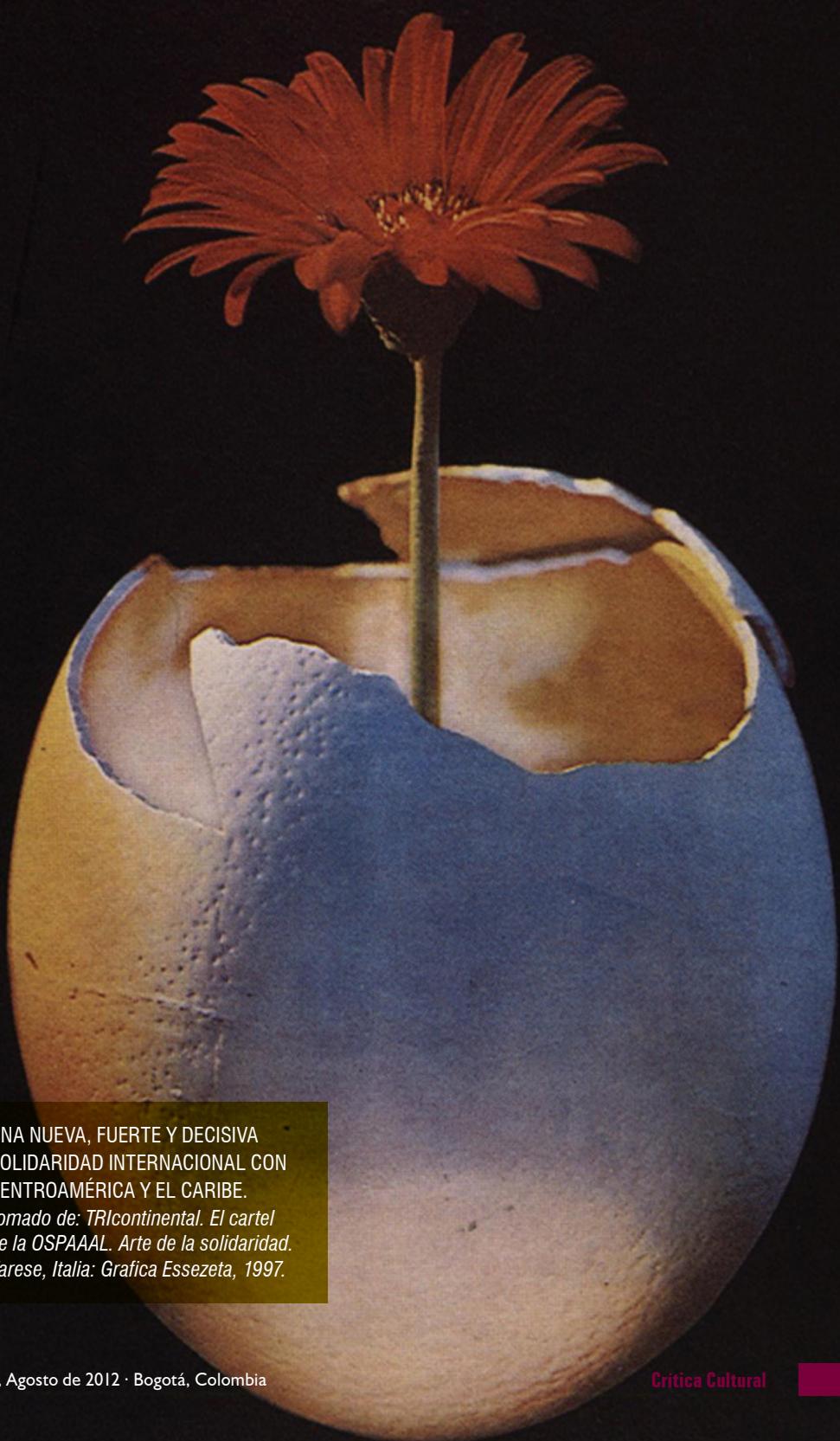
Originalmente la palabra ética proviene del griego ethos. Lejos de sus complejas connotaciones modernas, el término está asociado con la morada, el habitar un lugar, *home* como bellamente se dice en inglés. El pensador rumano Emilé Ciorán señala que el hombre, especialmente el moderno, es un animal indirecto acostumbrado al no – lugar, un inmigrante constante que no habita ninguna parte porque es incapaz de habitarse a sí mismo.



En este contexto, lo impresionante es hallar conexiones, puntos de encuentro con otros que nos permitan habitar, aunque fuera por un instante, un espacio común, no un espacio virtual que es lo mismo que el no lugar pero pleno de mentiras y máscaras; lo que buscamos es un lugar común que nos dé plenitud como lo hace nuestro propio corazón a través del amor correspondido. La posibilidad de construir historias conjuntas, de religarnos en el sentido religioso previo a la secularización del mundo. Esa posibilidad, que parece haber sido vedada para el hombre laico de la posmodernidad, de congregarse ritualmente alrededor de algún símbolo. Es eso lo impresionante de las melodías que todos coreamos en El Campín, que en medio de los rostros enjutos, cansados, desconocidos, férreos, desconfiados para poder sobrevivir, por un momento arrancamos nuestra máscara y nos reconocimos en unas cuantas notas. Aprovechando esa facultad que tiene la música universal (en el espacio y en el tiempo) de hacer que todos sintamos profundamente la misma melodía, como si nos tocaran un mismo pedacito del alma.

Recuerdo como toda mi adolescencia y mi primera adultez confesaba orgullosamente mi odio hacia los Beatles, casi como una forma de legitimar mi propia ignorancia, porque no los había escuchado bien, porque me faltaba crecer para entender. Ahora, mucho más después del concierto, entiendo que en Bogotá, Quito, Lima, Tokio, New York o Moscú, hay momentos en los que lo único que queremos es a McCartney tocando los acordes que nos guían a cantar al unísono: *iNa, na, na, naranana, naranana, hey Jude! Here, there and everywhere.* 





UNA NUEVA, FUERTE Y DECISIVA
SOLIDARIDAD INTERNACIONAL CON
CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE.

*Tomado de: TRicontinental. El cartel
de la OSPAAAL. Arte de la solidaridad.
Varese, Italia: Grafica Essezeta, 1997.*